

LA YIHAD AFGANA Y LA YIHAD ARGELINA: PERPLEJIDADES GLOBALES

Roberto López Torres

IRG-CBM

1.- Importancia de la Yihad afgana

Sabida es la importancia estratégica de la guerra que yihadistas llegados de todo el mundo mantuvieron en Afganistán contra la invasión soviética iniciada en los últimos días de 1979. Las narrativas propias del terrorismo yihadista global consideran *capital* este enfrentamiento contra las tropas soviéticas y el gobierno títere de Kabul durante los años ochenta, especialmente en la articulación de al-Qaeda. Esta importancia de la experiencia afgana en la articulación global de la lucha yihadista fue pronto advertida por la historiografía y la politología, dando pie a páginas brillantes. Bien representativa de esta precocidad y brillantez es la obra de Kepel¹, editada en 2002, inmediatamente después, conviene recalcarlo, de los atentados del 11-S. Con todo, conviene recalcar también que los estudios han adoptado un punto de vista eminentemente *causal* y, en consecuencia, no han abundado tanto los análisis en clave intencional, esto es, que hayan abordado la trascendencia de la experiencia afgana desde las implicaciones de los propios yihadistas, las mismas que les llevaron a hacer un llamamiento global para que acudieran a luchar en masa contra el invasor soviético. Los yihadistas entendieron esta guerra “desde su mismo inicio [...] como una nueva *yihad* contra los enemigos del Islam” y llamaron a todos los musulmanes al auxilio de sus hermanos afganos,² en un lenguaje maximalista propio, en términos de lucha cósmica, que, lejos de transferir para sí los discursos universalistas de la Guerra Fría, creaba sus propias referencias holísticas y se beneficiaba de la significación internacional de Afganistán en la dinámica de la II Guerra Fría.

¹ KEPEL, G., *La Jihad. Expansió i declivi de l'islamisme*. Barcelona, 2002.

² CORTE IBÁÑEZ, L. y JORDÁN, J., *La yihad terrorista*. Madrid, 2007, p. 114.

En efecto, la instrumentalización que los yihadistas hicieron del esfuerzo musulmán en dicha guerra explica esta importancia suprema. En primer lugar, Afganistán simplificaba mucho los posicionamientos. Las complejidades que el islamismo había arrastrado desde su fundación por los Hermanos Musulmanes en 1928 se desvanecían ante los apremios de la lucha contra el materialista invasor soviético. Las prioridades se reducían a su forma más destilada y carente de retórica, tal y como la había sugerido Sayyid Qutb quince años antes. La *yihad* en Afganistán fundía acción y devoción en un planteamiento simplificado. Así lo planteó el propagandista Abdullah Azzam.

En segundo lugar, la proximidad del final de la guerra, lejos de alejar las simplificaciones, profundizó todavía más en ellas. La segunda mitad de la guerra coincidió con una efervescencia en el debate en el seno yihadista sobre la naturaleza que adquiriría la *yihad* después de Afganistán. Tras la guerra y la emancipación respecto de saudíes y norteamericanos, entre los muyahidines desmovilizados y simpatizantes se impuso la idea de que la *yihad* debería llevarse a cabo donde fuera, como fuera y con apremio, especialmente contra occidentales e israelís. La formación de al-Qaeda es un trasunto de ellas. Las reservas de Azzam hacia la *yihad* como proceso impetuoso y que convirtiera a los musulmanes en víctimas se resolvieron por la vía rápida.

En tercer lugar, las potencias occidentales no achacaron el fin de la guerra en Afganistán a la buena labor de la causa yihadista y a la resistencia afgana, sino al inminente colapso de la Unión Soviética. Esto propició que la causa yihadista capitalizara en exclusiva la derrota asiática. De hecho, en el mundo occidental la invasión en Afganistán se entendió de acuerdo a la lógica holística con la que era entendida la Guerra Fría.³ En efecto, ya en los comienzos de la invasión afgana, en 1980, por más que el escenario de Asia Central se

³ La visión de la retórica de la guerra fría que sigue se ha extraído de VEIGA, F., UCELAY Da CAL y DUARTE, A., *La paz simulada, una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*. Barcelona, 1997, p. 213, 278, 297-301 y VEIGA, F., *El desequilibrio como orden, una historia de la posguerra fría 1990-2008*. Alianza, 2009, p. 319-337. La influencia de la bipolarización en las interpretaciones del conflicto de Afganistán también aparecen en KEPEL, *La Jihad. Expansió...*p. 174 y ss.

podiera antojarse más propio del “Gran Juego” decimonónico que de la renacida Guerra Fría, las potencias occidentales contemplaron la invasión soviética dentro de los esquemas de esta última. Y oportunidades no faltaron a los analistas de contemplar lo que sucedía en Afganistán de otras maneras. Por ejemplo, la proximidad geográfica y temporal de la Revolución Islámica en Irán (1979), que había supuesto la mediática puesta de largo de la realidad islamista en la sociedad internacional. Los analistas más escépticos pudieron relacionarla con la integración de corrientes radicales en el gobierno pakistaní de Zia, desde la segunda mitad de la década de los setenta⁴. E incluso los estudiosos más miopes y perezosos tuvieron su última oportunidad para hacer recaer lo que ocurría en Afganistán con la aparatosa irrupción islamista: el asesinato, en octubre de 1981, del presidente egipcio Anouar el-Saddat a manos de un comando de la *Yihad Islámica* infiltrado en sus fuerzas armadas.

Sin embargo, las interpretaciones en clave islamista perdieron pronto su escaso fuelle y se entendieron como un juego regional, subsidiario del enfrentamiento Este-Oeste. La revolución iraní se enzarzó en una *clásica* guerra con su vecino Irak. Esto retrotrajo la invasión soviética de Afganistán al secular tablero centro-asiático. La retórica bipolar acabó por imponerse sin matices. El conflicto de Afganistán acabó por considerarse como subsidiario de la bipolarización. La compleja realidad afgana, escindida en mil y una facciones, fidelidades y etnias se simplificó dentro de los rígidos esquemas mentales de la Guerra Fría. Es más, se antojaba su *casus belli* ideal: la Unión Soviética, el “imperio del mal” en palabras de Ronald Reagan, volvía por sus fueros zaristas expandiéndose hacia el territorio de un Estado creado trece décadas antes precisamente para evitar esa expansión.

Estados Unidos participó en Afganistán de forma indirecta, por delegación (*proxy war*). Los norteamericanos, doblemente escarmentados de su experiencia en Vietnam, habían vislumbrado el potencial de la resistencia afgana contra el invasor soviético y también eran conscientes de las nefastas consecuencias de una involucración directa. Decidieron sacar provecho al éxito que la convocatoria yihadista había abrazado en todo el mundo musulmán. Para ello apoyaron a los muyahidines afganos y a los venidos de todo el mundo

⁴KEPEL, *La Jihad. Expansió...* p. 280.

de forma indirecta, aprovechando las sofisticadas redes que saudíes y pakistaníes habían establecido para financiar a los rebeldes y proporcionarles armamento, instrucción y suministros. La invasión afgana por los soviéticos había tocado muchas fibras sensibles en Asia Central. En efecto, saudíes y pakistaníes tenían su propio juego internacional más allá de las limitaciones ideológicas de la Guerra Fría. De esta manera, el proceder de los Estados Unidos no sería visible, sino que se difuminaría en una maraña de interposiciones. Los luchadores musulmanes recibirían ayuda de otros musulmanes. Así lo entenderían ellos.

Los muyahidines, cada vez más y mejor abastecidos de armamento portátil antiaéreo y antitanque, elevaron las pérdidas soviéticas. El Ejército Rojo comenzó su retirada con discreción en 1988. De *esta* manera, teniendo en cuenta la “acritud” y las prevenciones de los propios saudíes y norteamericanos tras la retirada soviética finalizada el 15 de febrero de 1989, los muyahidines resultaron “vencedores”⁵. Por cierto, desde 2012, esta fecha se conmemora en Afganistán como una fiesta nacional. Dentro de esa percepción consideraron los yihadistas el resultado de la contienda. Una victoria exclusivamente fruto del esfuerzo musulmán frente a una perversión estatal laica y materialista. Una victoria bélica y moral. Los islamistas vencedores en Afganistán se envalentonaron.

Es decir, mientras el resto del mundo enfatizaba el contexto de significación histórica de la retirada del Goliath soviético de Afganistán y lo asumía como una congruencia con el resultado final de la Guerra Fría y como una expresión lógica del ocaso soviético, para los yihadistas la victoria había sido una exclusiva musulmana. Que el resto del mundo no pareciera darse cuenta de lo que para ellos era una evidencia, no hizo más que incrementar su fanatismo, propio de *true believers*. Una Internacional yihadista había derrotado a una superpotencia en el campo de batalla. Su interpretación de la victoria podía ser estirada hasta lo milenarista por los usuarios de la victoria con facilidad. Aunque no sólo por ellos. De hecho, no fueron pocos los analistas que, especialmente durante los noventa, se refirieron a la *Yihad* como un “fundamentalismo” más, denominación en absoluto inocente porque diluía la importancia político-teocrática y la agenda globalizadora del yihadismo. Lo equiparaba y reducía a otros

⁵KEPEL, *La Jihad. Expansió...*p. 280-283.

fundamentalismos: otro milenarismo más en la época de los milenarismos, no tan diferente del cristiano que en Waco (Texas) provocaba un suicidio colectivo o que en Oklahoma hacía saltar por los aires un edificio gubernamental.

En cuarto lugar, Afganistán no sólo creó una “mística de las trincheras” entre los yihadistas, sino que sirvió para acoger, movilizar, aglutinar y canalizar las fuerzas y las energías islamistas que hasta entonces obraban en solitario y sin coordinación. Afganistán les dio una finalidad práctica, concreta. Así, redes como la MAK o estancias en los campos para entrenar o la creación de instrumentos propagandísticos propiciaron experiencias compartidas en las cuales los muyahidines pusieron en común tácticas y estrategias terroristas que al-Qaeda hizo suyas (como la no-reivindicación o los ataques a turistas). Aquí aprendieron los terroristas a exprimir al máximo la confusión y desconcierto tras un ataque o una amenaza terrorista o tejieron futuros contactos para la mejorar infraestructuras de grupúsculos franquiciados y las redes de financiación. El cambio de la década de los ochenta a los noventa fue una época de gran efervescencia yihadista en la vital frontera paquistaní-afgana en la que aumentó el sentimiento de estar viviendo una experiencia trascendental y fortalecer lazos colectivos.

En cierta manera, y a modo de conclusión, cabe destacar cómo la retórica y las percepciones heredadas de la Guerra Fría vivieron una segunda juventud a partir del 11-S. Se volvió a hablar de un “Eje del Mal”, en claro guiño al lenguaje de Ronald Reagan. En realidad, nunca se habían abandonado del todo. Así lo prueba el éxito y la influencia de la edición, primero como artículo de *Foreign Affairs* en 1993, y luego en forma de libro monográfico⁶, “El choque de civilizaciones”. Sin embargo, cabe prevenirnos contra estos enfoques, que ya en tiempos del primero, limitaron nuestras percepciones de cómo los yihadistas concibieron su experiencia en Afganistán y qué implicaciones acarreo para ellos. Afganistán llegó a los corazones y mentes de los yihadistas. Se convirtió en un trasunto de unos estados de ánimo y unas ambiciones que existían en otros países, como Pakistán, Arabia Saudí o Egipto. La guerra contra los soviéticos

⁶ Existe traducción española: HUNTINGTON, S., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, 2005.

permitió aunarlas en un solo territorio y en un solo objetivo. La victoria les concedió réditos de los que todavía se están beneficiando.

2.- La agenda local de la yihad argelina

Por el contrario, Argelia vivirá durante prácticamente las mismas décadas una experiencia de potenciación yihadista entendido como movimiento global, pero desde parámetros estrictamente locales. En realidad, no es ni casualidad ni contradicción en los términos que el yihadismo argelino propugnara esta agenda tan marcadamente local. Antes al contrario, este islamismo no surgió en un terreno virgen, sino en una dinámica social tan ideológicamente articulada como la explosiva Argelia tres décadas después de su desgarradora descolonización, repleta de identidades, tradiciones y facciones que simplificaban el acomodo de prioridades. Argelia se convertirá en el ejemplo paradigmático de confluencia con el yihadismo desde las expectativas fallidas del nacionalismo árabe.

La importancia que los argelinos se atribuían a ellos mismos desde su independencia resulta vital para explicar el desarrollo y los derroteros de su yihad. En efecto, es conocida la preeminencia que, dentro del Tercer Mundo, se arrogó a sí misma la Argelia postcolonial. El estado recién independizado se presentó como ejemplo para otras emancipaciones nacionales e, incluso como una tercera vía entre capitalismo y socialismo, pese a sus evidentes inclinaciones exteriores hacia la Unión Soviética y sus buenas relaciones con la Cuba de Castro. Detrás de esta postura radicaban tanto el “mito de la Argelia postcolonial”, de gran predicación entre algunos intelectuales que habían quedado huérfanos tras la apresurada identificación de la vanguardia cultural con el terrorismo militante escindido de la efímera ‘Nueva Izquierda’ -un error de cálculo en el que había incurrido incluso Sartre- como, en términos estrictamente panarabistas, la pugna constante con el otro gran rival, el Egipto liderado por Nasser.

¿Qué se escondía detrás de este mito argelina? La traumática experiencia descolonizadora; un régimen de partido único con clientelas militares y burocráticas que patrimonializaban (y patrimonializan) una economía dependiente de las panaceas petrolíferas; una sociedad civil tutelada. En realidad, el nacionalismo

argelino no renunció en absoluto al Islam, al contrario que el nasserista, el cual mantuvo con el primero una relación de tira y afloja. Tras su independencia, el nuevo Estado se legitimó de acuerdo a una “esencia argelina”, identificada en exceso con lo árabo-musulmán y no del todo representativa en un país atravesado por etnias beréberes, minorías judías y cristianas, elites francófonas, amén de dicotomías y transversalidades laico-musulmanas⁷.

El Frente de Liberación Nacional (FLN), el partido que se había arrogado la exclusiva de la independencia, no dudó en ceder resquicios propios de la legalidad, de la sociedad civil y de la teología académica al islamismo para debilitar a otras ideologías políticas y, sobre todo, para combatir la apuesta islamista del sector mayoritario de la oposición, que trataba de instaurarse como una corriente reformista dentro del régimen con el objetivo de enmendar sus excesos materialistas e influir a través de la reivindicación intelectual y política de la *sharia*. El Estado, o mejor, el FLN, acompañó estas medidas simbólicas con una creciente represión. Un *crescendo* coral en el que, finalmente, el islamismo reformista acabará por elevar el tono de sus demandas y acercará sus posturas al sector yihadista insurgente, un “maquis” que reivindicaba la lucha armada desde las montañas y zonas rurales. En este juego, la corriente reformista se pretendía a sí misma como heredera del islamismo intelectual y urbano, propio de la experiencia islamista egipcia, con la que guardaba evidentes paralelismos, tales como la disputa contra un Estado nacionalista árabe o las similares experiencias en prisión de sus líderes, el argelino AbassiMadani y el egipcio SayyidQutb, mientras que la corriente insurgente se legitimaba como una heredera directa y más auténtica de los guerrilleros que combatieron contra las tropas francesas y los *pied-noirs*, y que, al tiempo que echaba en cara al FLN su traición a la liberación habiéndose entregado a los intereses de la antigua metrópoli, se solidarizaba con sus hermanos afganos proveyéndoles de efectivos endurecidos. Uno de sus comandantes, Mustafá Buyali, personificaba este discurso. Se trataba de un veterano de la guerra de independencia que había roto con el FLN y había apostado por vías moralmente superiores de desarrollo de la independencia argelina.

⁷BOTHA, A. “Terrorism in the Maghreb. The transnationalization of domestic terrorism”, en *ISS Monograph Series*, n° 144, 2008, p. 24-28.

Las oligarquías y sus clientelas, que consideraban el nuevo Estado como un negocio y una vía de movilidad social, a mediados de los ochenta, habían hecho crecer el aparato burocrático y la corrupción hasta tal punto que la economía argelina se asfixió irremediabilmente antes del fin de la década. Los principales perjudicados fueron las sobredimensionadas nuevas generaciones argelinas, formadas en su mayoría al margen del cobijo estatal, que vagaban por las calles sin oportunidades laborales ni futuro. Estos jóvenes nutrieron las filas del Frente Islámico de Salvación (FIS) que entró en la escena política en este contexto, lo capitalizó y lo instrumentalizó. Una vez legalizado, el FIS obtendría el trascendente resultado electoral de los dos tercios de la cámara en la primera vuelta de diciembre de 1991, con las consecuencias conocidas por todos. En esencia, el planteamiento de la yihad argelina no era tan maximalista ni tan global como había sido el afgano. Provenía de las ruinas del estatismo árabe, al que combatió por haber privilegiado la instancia estatal por encima del vínculo social de la *umma*. Expresaba la frustración de una generación que deseaba la promoción social sin rendir cuentas a los beneficiados por la independencia⁸. A éstos se dirigió con el asociacionismo caritativo, las infraestructuras sanitarias, la piedad social y la movilización típicamente islamistas que contrastaban vivamente con la corrupción, el autoritarismo y la ineficacia del FLN.

Sin embargo, el yihadismo argelino no supo aprovechar, en términos de legitimidad y de movilización, el ventajoso capital del descontento juvenil urbano y acabó por dilapidarlo en un suicidio político, preso de una vorágine de radicalización y violencia integrista, arrastrando hacia el enfrentamiento armado a la fracturada y polarizada sociedad argelina. La yihad argelina no cristalizó en una lucha cosmogónica de islamistas contra gobernantes impíos y corruptos, a pesar de comenzar casi inmediatamente después del fin de la exitosa guerra afgana contra el invasor soviético. La agenda doméstica que propugnaron los yihadistas argelinos, muchos de ellos regresados tras la desmovilización centro-asiática, estuvo atravesada por dificultades y contestaciones de todo tipo, incluso dentro del propio islamismo, en el que abundaron las escisiones de facciones cada vez más fanáticas, como el Grupo Islámico Armado (GIA), que alcanzó cotas agónicas en la guerra civil que se desplegó en el país

⁸ VEIGA, UCELAY Da CAL y DUARTE, *La paz simulada...*, p 352-353 y 368-370. KEPEL, *La Jihad...* p. 211-230.

durante los noventa, con mucha sordina y gran despliegue de crueldad. Conviene incidir en que los yihadistas argelinos no eran los únicos que entendían su lucha en clave anticolonial. Por aquel entonces, las autoridades y agencias de seguridad antiterrorista norteamericanas contemplaban “los atentados del GIA [en suelo francés] como una consecuencia del colonialismo francés, a los que Francia debía enfrentarse sola”⁹

La posguerra fue idénticamente calamitosa para el yihadismo superviviente. La imagen de la disidencia urbana islamista había quedado seriamente dañada tras los excesos de la guerra civil. El quimérico objetivo de proseguir la lucha desde las regiones desérticas, fronterizas y montañosas del este y sureste hasta conseguir la caída del régimen no se consiguió. Sin embargo, desde la invasión anglo-norteamericana de Irak en 2003, los yihadistas argelinos encontrarán una nueva razón de ser y responderán a la llamada de la guerra santa contra los “nuevos cruzados” mediante la provisión de recursos humanos que para luchar a la antigua Mesopotamia, en connivencia con las autoridades tribales y gubernamentales corruptas de los países del Sahel y las redes de tráfico de todo tipo que operan en la zona. En coherencia con esta colaboración, los hostigados yihadistas del Magreb aceptan por fin el salafismo de cruzada global propugnado por Al-Qaeda y, finalmente, son aceptados por ésta como brazo regional y nuevo santuario para expandir la yihad por los ignotos territorios del Sáhara y del Sahel, entrenar a nuevos reclutas y apuntar amenazadoramente a Europa.

Un observador externo, de acuerdo con Javier Jordán o con Juan José Escobar, podría concluir que la integración como brazo regional de Al-Qaeda, es decir, la mutación de aquel GIA, reconvertido a su vez en el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) y, por último, en Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI)¹⁰, más que el colofón de un exitoso proceso histórico, fue un premio de consolación tomado a regañadientes. Casi una medida

⁹ GARAPON, A. “¿Tiene Francia una ventaja en la lucha antiterrorista?”, en *ARI Real Instituto Elcano*, nº 109, 2005, p. 2.

¹⁰ REINARES, F. “Bajo sombras de espadas. Al Qaeda y la amenaza terrorista en el Zagreb”, en *Claves de razón práctica*, nº 175, 2007, p. 16-22.

desesperada en una situación de gran debilidad histórica¹¹. Las principales innovaciones que los yihadistas de mayoría argelina de AQMI han obtenido al participar de la marca líder del terrorismo global se han producido en el perfeccionamiento mediático de su propaganda, con más y mejor presencia de sus mensajes y de sus atentados en Internet y las redes sociales. Alguno de ellos ha colaborado en la publicación *online*, de impecable factura, *Inspire*. Otras derivas, como el incremento de sus vínculos con el narcotráfico y el saneamiento de sus arcas con la industria de los secuestros se explican también desde el prestigio de blandir la enseña de Al-Qaeda.

Sin embargo, en el ‘debe’ de AQMI se incluye la no excesiva atención que, tras obtener el aval de de Al-Qaeda, ha prestado a los consustanciales “objetivos globalistas” de ésta¹². En realidad, el reconvertido yihadismo argelino continúa más pendiente de sus obsesiones locales tradicionales. En efecto, el corolario actual del yihadismo argelino, en la forma de una agrupación regional del terrorismo global, parece decidido a reproducir y capitalizar, en la forma de un actor global no-estatal, las aspiraciones e influencias que ejerce Argelia como potencia regional en el Sahel y en el norte de África. Al mismo tiempo, los yihadistas argelinos reeditan aquellos viejos fantasmas del pasado colonial nunca abandonados del todo, mediante el aprovechamiento tanto de la influencia en la región como de la instrumentalización de la reciente intervención militar en Malí de Francia (Operación Serval). De hecho, la antigua metrópoli deviene el trasunto de la aversión, cuando no el odio, que los yihadistas argelinos sienten hacia Occidente¹³. Una misión, la Operación Serval, entendida por ellos como el último capítulo de una injerencia colonial nunca abandonada y que en las décadas posteriores a la independencia representó el FLN, su enemigo a batir.

¹¹ JORDÁN, J. “El terrorismo global una década después del 11-S”, en *Cuadernos de Estrategia*, 152, 2011, p. 149-153 (ejemplar titulado “Actores armados no estatales: retos a la seguridad global”). ESCOBAR STEMMANN, J.J. “Al Qaeda en el Magreb Islámico: del Sahel a España” en *Estudios de Política Exterior*, nº 134, 2010 p. 80.

¹² JORDÁN, J. “La intervención militar en Malí y el terrorismo en Europa. Un análisis crítico”, en *Análisis GESI*, 1, 2013.

¹³ KOHLMANN, E. F. “Two decades of Jihad in Algeria: the GIA, the GSPC, and Al Qaeda” en *The NEFA Foundation*, mayo, 2007, p. 24.